

El contexto sociocultural en el mundo y el origen de la ESDAI en México

Carmen Martínez Coulson
Rosa Adriana Vázquez Gómez

EL CONTEXTO MUNDIAL.

La fisonomía mundial se transforma dramáticamente en la segunda mitad de la década de los 60 y los primeros años de la del 70; en el escenario internacional se hace patente el cuestionamiento de los valores predominantes marcados por la guerra y las diferencias económicas entre los países. Aparece el clamor de diferentes grupos sociales, vulnerables a través de los años, en busca de la reivindicación de los derechos humanos. Este periodo se caracteriza por una exarcebada presencia de las poblaciones jóvenes.

Así la sociedad mundial es testigo de las protestas de estudiantes y trabajadores, y escucha la voz de las mujeres y de los chicanos, quienes cuestionan el orden establecido, en el que conviven de forma paradójica los sueños del progreso y el dominio sobre la ciencia y la técnica con los países subdesarrollados y los socialismos totalitarios.

Los antecedentes de estas movilizaciones los encontramos en los movimientos por la paz que desde finales de los años cincuenta se apoderaron de Europa, particularmente de Gran Bretaña y de la República Federal Alemana, denunciando el peligro de una guerra nuclear y del naciente tercermundismo.

Es el tiempo de la descolonización y el descrédito del comunismo soviético, y del surgimiento de un nuevo movimiento de izquierda que hace eco de la revolución cubana, y se manifiesta en contra de la guerra de Argelia y, sobre todo, de Vietnam.

En Latinoamérica surgen movimientos de liberación nacional y guerrillas que desarrollan una crítica radical en contra de la opulencia de las sociedades del bloque liderado por los Estados Unidos. Asimismo se cuestionan la burocracia y dictaduras de los regímenes socialistas. Se vislumbra el nacimiento de los países no alineados. En Europa, los cambios políticos en Checoslovaquia hicieron cifrar en este país la esperanza de una nueva opción social que se concretó en el momento conocido como *La primavera de Praga*.

Paralelamente se proclama el aumento en los niveles de vida y la aceleración del consumismo que el desarrollo de los medios de comunicación traen consigo. *The american way of life*, el sueño americano, se difunde a todos los continentes a través del celuloide, el cine es una poderosa arma ideológica que le permite a esta nación

irrumper en los hogares de todo el mundo, difundiendo las bondades de la democracia.

Esto aunado a la masificación de las universidades y a la irrupción de las mujeres al ámbito laboral, transforman radicalmente los valores sociales y las generaciones nacidas después de la Segunda Guerra Mundial, enarbolan nuevas aspiraciones.

Nuevos actores sociales emergen al primer plano de la actualidad, los llamados movimientos sociales: los jóvenes rebeldes, el feminismo, el ecologismo, el pacifismo, el hippismo, entre otros.

Tales malestares tienen que ver con expectativas insatisfechas, con un estado de cosas que contradice el «estado de bienestar» que la modernidad promete, no sólo en un ámbito público, sino en lo privado. Se trata de un estado de insatisfacción permanente, que requiere de puentes entre la propia estructura social y el mundo vital. Y que surgen siempre de las manifestaciones sociales y culturales. Así el periodo aludido se caracteriza por la «participación contestataria, los movimientos divergentes, así como las variaciones artísticas».

El modelo de progreso ha terminado por engendrar sus propias contradicciones. Los servicios sociales que los gobiernos prometen generan una demanda indefinida que merma la calidad y que obligan a la dependencia económica de los países más pobres para aumentar las inversiones públicas. El resultado es un círculo vicioso para el que no existe una aparente solución, plagado de demandas.

Es muy significativo que la emergencia de esta heterogénea, multiforme y crispada pretensión de participación tenga como referencia, sobre todo, el ámbito sociocultural. Esta 'nueva revolución' —que, a mediados de los setenta, Inglehart calificó de 'silenciosa'— promueve reivindicaciones de más alto nivel que el político o el económico, según valores de signo posmaterialista. Se buscan servicios más personalizados, intervención activa e inmediata en la resolución de los problemas, mayor autonomía para las iniciativas de base, mejoras cualitativas de muy diversa índole.¹

LA REBELDÍA DE LOS JÓVENES

A partir de la primera mitad de la década de los 60 empieza a sentirse la rebeldía de los jóvenes, exaltada por los ritmos musicales del pop y el *rock and roll* propuestos por los Beatles, los Rolling Stones, Janis Joplin o Jimmy Hendrix.

En el campo literario los autores favoritos fueron los poetas de la llamada «Generación Beat»: Jack Kerouac, Allen Ginsberg y William Burroughs.

El movimiento de los hippies sirvió de cauce a nuevas formas de expresión y convivencia, el más célebre fue el

1 Alejandro Llano. *La nueva sensibilidad*, p. 42.

festival de Woodstock de agosto de 1969, en el que se propuso el inmortal lema *Peace and love*. En México la contraparte fue el Festival de Avándaro realizado en 1971.

El radicalismo político imperante en las universidades y los procesos de descolonización señalados intensificaron el interés por formas de civilización alternativas a la occidental. Así se desarrollaron disciplinas como la antropología y la etnología; para ello fueron cruciales los estudios de Claude Lévi-Strauss que le llevaron a plantear la irreductibilidad de la naturaleza humana.

El punto culminante de estos cuestionamientos fue la explosión de los movimientos estudiantiles europeos; entre los que destaca el de Francia, en mayo de 1968, donde se plantearon los fundamentos que darían origen a los sucesos de México en meses posteriores.

Entre todos los sectores desafectos, el estudiantil es el más inquieto y, con la excepción de los negros norteamericanos, el más exasperado. Su exasperación no brota de condiciones de vida particularmente duras sino de la paradoja en que consiste ser estudiante: durante los largos años que pasan aislados en universidades y escuelas superiores, los muchachos y muchachas viven en una situación artificial, mitad como reclusos privilegiados y mitad como irresponsables peligrosos (...) habitantes de una suerte de laboratorio en donde no rigen del todo las reglas de la sociedad de afuera, los estudiantes pueden

reflexionar sobre su estado y, asimismo, sobre el del mundo que los rodea. La Universidad es, a un tiempo, el objeto y la condición de la crítica juvenil (...).

La rebelión juvenil oscila entre estos dos extremos: su crítica es real, su acción es irreal.²

SE ESCUCHA LA VOZ DEL FEMINISMO

La intensa agitación y las convulsiones sociales, evidenciaban, como se ha dicho, las fuertes contradicciones de un sistema legitimado en principios universales, pero que en la realidad mostraba un carácter fuertemente racista, clasista, imperialista y sexista.

En este marco se produce el surgimiento de una nueva izquierda y de movimientos radicales marcadamente contraculturales, que no tienen interés alguno en la política reformista de los partidos, sino que se abocan a forjar nuevas formas de vida y, utópicamente, a un nuevo ser humano.

El feminismo en Europa y en los Estados Unidos adquiere su versión más radical. Surge así la tercera ola de este movimiento, que ha tomado distancia cualitativa de los discursos y apoyos sociales de los movimientos sufragistas de principios de siglo. Se inician las campañas en favor

2 Octavio Paz. *El laberinto de la soledad*. Posdata. *Vuelta a El laberinto de la soledad*, pp. 242, 243.

del divorcio, del derecho de aborto, de la igualdad de salarios; la no discriminación por razones de sexo.

Se trataba de la liberalización de las costumbres y de un cambio en los valores, cuyo signo más evidente fue la liberación sexual y la aparición de las mujeres en espacios que se consideraban masculinos. La incorporación masiva al mundo del trabajo, trastocaron los roles tradicionales asignados a la mujer como madre de familia y esposa. Aquélla reivindicaba su autonomía e independencia y su capacidad de decisión sobre su propio cuerpo y sexualidad. El control de la natalidad fue determinante en este sentido (en 1960 se iniciaba en los Estados Unidos la comercialización de la píldora anticonceptiva).

En su búsqueda de la emancipación, los planteamientos del feminismo de finales de los sesenta y principios de los setenta son de un radicalismo extremo logrando incluso la división del movimiento en dos grupos en pugna constante: Las «políticas», que intentaban llevar a cabo sus ideales a través de los partidos de izquierda (que las veían con sospecha e incluso con rechazo), y las «feministas» quienes evitaban toda relación con instituciones políticas por estar éstas identificadas con los varones.

No cabe duda que desde el surgimiento del feminismo con la Revolución Francesa, la situación de las mujeres había avanzado notablemente, por lo menos de derecho aunque no siempre de hecho. Para la época que nos concierne las mujeres europeas y norteamericanas habían entrado de lleno al mundo público y los esquemas sociales

tradicionales empezaban a resquebrajarse. En su momento más radical (de hecho ya superado dentro del feminismo) el movimiento llega a plantear un nuevo «monosexismo» a la inversa que no sólo no mejoraría la causa de las mujeres, sino que llegaría a ser contraproducente.

En general, el nuevo horizonte cuestionaba los planteamientos lineales de la ideología del progreso; dando lugar a un contexto problemático, cargado de ambigüedades, donde se fundía el malestar de las nuevas generaciones respecto de los valores dominantes.

EL MOVIMIENTO CHICANO

También en la década de los 60, se genera un movimiento como una necesidad interna, y de lucha por los derechos civiles y culturales de un pueblo ya una vez abandonado y hasta denigrado en los Estados Unidos, el chicano. Refleja además las expresiones culturales de los mexico-norteamericanos, que con su considerable herencia política, cultural y artística y con contribuciones a la cultura norteamericana enriquecen la historia multicultural de California y Los Estados Unidos, en general. El movimiento de arte chicano ha existido como una comunidad relativamente cohesiva e ideológica con aspiraciones culturales compartidas desde el movimiento chicano estudiantil de los años sesenta, y ha producido un número considerable de obras desde el año 1970, cuando el concepto de un

«arte chicano» se cristalizó. De acuerdo con Octavio Paz los verdaderamente nostálgicos de México son los emigrantes, pero no los chicanos.

Aunque ejemplos de «arte chicano» se pueden remontar hacia la mitad de 1960, en California no se desarrolló como estilo y movimiento definido en las artes visuales hasta 1970, cuando aparecieron las primeras obras con un estilo e identidad netamente «chicana».

Estas formas artísticas tuvieron su origen en el movimiento de arte chicano como resultado de la creatividad y originalidad de artistas chicanos y chicanas que se inspiraron en las tradiciones y símbolos prehispánicos (pre-colombinos), tanto en el arte hispano y mexicano, al igual que en fuentes de arte contemporáneo americano y su sociedad.

A decir de los analistas, los movimientos sociales del 68 fracasaron pues no pudieron cumplir con una de sus principales aspiraciones: derribar al viejo orden. Esto se debió, de acuerdo con los grupos izquierdistas, a la ausencia de una organización capaz de dirigir el proceso revolucionario, en vista de la falta de acción de la izquierda tradicional, que no había podido consolidar el partido de la revolución. La frustración de las esperanzas llevó a algunos, influidos por la mitificación de las luchas guerrilleras de Latinoamérica, a postular estrategias de guerrilla urbana que contribuyeron, en varios países, a la formación de grupos terroristas, como las Brigadas Rojas en Italia o el RAF —fracción del ejército rojo— en la República Federal

Alemana, durante la siguiente década. Esto no fue muy distinto a lo que se vivió en nuestro propio país.

LO SUCEDIDO EN MÉXICO

El eco en nuestro país de los movimientos estudiantiles europeos se escuchó de forma estruendosa el 2 de octubre de 1968 con la tragedia en la «Plaza de las tres culturas» de la Ciudad de México. Semejante al de otros países por su carácter nacionalista, no en contra del poderío soviético, sino del imperialismo norteamericano; por su aspiración a una reforma democrática, y por su protesta, no en contra de las burocracias comunistas, sino del Partido Revolucionario Institucional.³

La protesta estudiantil en México fue singular como el país mismo, que vivía un periodo posrevolucionario y cuyo desarrollo económico era excepcional. El largo proceso de violencia había dado como resultado la creación de un nuevo estado y durante 40 años la economía progresó de manera notable. Se reconocía internacionalmente como un país moderno o semimoderno.⁴

El movimiento del 68 aglutinó fuerzas sociales muy diversas; algunos sectores populares y de la clase media se

3 Cfr. *Ibidem*, p. 247.

4 Cfr. *Ibidem*, p. 248.

sumaron a la protesta estudiantil, en busca de un medio de expresión para las propias.

La experiencia francesa, de unos meses atrás hubiera sido por sí sola causa suficiente para que cualquier gobierno se preocupara en extremo y tratara de controlar la eferescencia. En el caso de México se vivía además una presión extraordinaria, porque el país estaba comprometido como sede de los Juegos Olímpicos. Era sumamente importante sostener una imagen de estabilidad en el medio internacional; y por el contrario, una suerte de ingobernabilidad se vislumbraba en las calles de la capital.

Pero dentro del contexto de la rebelión juvenil y de la represión que la siguió, estas celebraciones parecieron gastos espectaculares con los que se quería ocultar la realidad de un país conmovido y aterrado por la violencia gubernamental.⁵

Pocos acontecimientos han tenido tanta repercusión a través de los años y han marcado una frontera de fuego en la historia moderna, han pasado casi 35 años y los hechos no han podido ser explicados clara y verazmente. A partir de la tragedia y el dolor, la cultura mexicana ha rendido homenaje a la conmemoración de ese año fatídico.

5 *Idem.*

La conciencia de la juventud se rebeló en esa época respondiendo al fuerte trastocamiento de valores que se estaba generalizando en el mundo. Para algunos nacieron allí los ideales de la democracia, mientras que otros los consideraron casi sepultados.

El gobierno ha guardado silencio ante un hecho que dejó un número indeterminado de muertos y heridos, y que lastimó la confianza en los derechos de libre expresión y agrupación de estudiantes y trabajadores.

No obstante, la mano que apagó el movimiento estudiantil, abrió una puerta hacia la oscuridad en la que la izquierda radical mexicana se recluía: las guerrillas rurales y urbanas contaron con la adhesión de los sobrevivientes del 68.

Por otra parte, el clamor de las mujeres, evidenciado por la explosión de los movimientos feministas en el mundo, se escuchó en México a principios de la década de los 70. La fragmentación del feminismo en Europa y los Estados Unidos, que lo había debilitado, se reflejó en América latina —ya golpeada y dividida por las lacerantes desigualdades sociales— y, en concreto, en México.

Las feministas levantaron la voz en contra de la guerra fría, que se había transformado en una lucha interna, que las mantenía al margen de la vida pública.

Así, las mujeres jóvenes que habían sido despertadas por el movimiento estudiantil se sentían violentamente sacudidas por la matanza del 2 de octubre. Aunque cons-

tituían una generación más numerosa, mejor educada y más informada, dispuesta a participar en serio en la vida pública mexicana, en realidad representaban todavía a una limitada parte de la sociedad. La gran mayoría de las mujeres latinoamericanas y por ende mexicanas estaba sumida en la miseria, y pese a que las más educadas habían accedido a la vida pública, lo hacían en puestos de poca responsabilidad. Los roles tradicionales se mantenían.

De ahí que también en las posturas feministas influieran el apogeo de las disciplinas antropológicas y la sensibilidad ante el maltrato de las mujeres pobres e indígenas del país.

El feminismo mexicano de entonces fue un movimiento heterogéneo formado por diversidad de organizaciones, corrientes y orientaciones, que se centraba en un discurso político básicamente esencialista, es decir desde la identidad de ser mujer y con la negativa a participar en las formas políticas tradicionales de liderazgo y representación consideradas masculinas, lo que lo volvió radical e ineficaz para concertar con los grupos en el poder.

Fue ésta la razón de que la actividad feminista se limitara a pequeños grupos de autoconsciencia y no se desarrollaran consensos y estrategias unitarias de acción.

El feminismo tiene en su base una clara fundamentación humanista y cristiana. La mujer es —ni más ni menos que el varón— persona humana, poseedora de idéntica dignidad y de unos derechos básicos que

hasta hace muy poco han sido sistemáticamente conculcados (...). Pero el feminismo ideológico discurre por unos derroteros bien diferentes: por la vía del igualitarismo radical, que desconoce la peculiaridad de lo femenino y, como consecuencia, tiende a atacar a la familia tradicional.⁶

Las manifestaciones de los grupos sociales eran una condena al sueño del progreso que sacaba a relucir sus múltiples contradicciones. La más evidente: que el desarrollo de la técnica nos despojaba de nuestra condición de hombres y mujeres, en una suerte de despersonalización que nos sumía en una añoranza permanente. «La filosofía del progreso (...) [mostraba] al fin su verdadero rostro: un rostro en blanco sin facciones (...) el paraíso que nos promete está en el futuro (...) inalcanzable, perpetuo. El progreso ha poblado la historia de las maravillas y los monstruos de la técnica pero ha deshabitado la vida de los hombres.»⁷

Es en este contexto que San Josemaría Escrivá de Balaguer se plantea la posibilidad de devolver a la sociedad lo que el avance tecnológico le había arrebatado, con una alternativa para el desarrollo de la mujer, llevando lo privado a la esfera de lo público. La ESDAI nace, precisamente, como vehículo de esta posibilidad.

6 Alejandro Llano, *Op. Cit.*, p. 120.

7 Octavio Paz, *Op. Cit.*, p. 244.

LA OBRA DE SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER HACE ECO DE LAS DEMANDAS SOCIALES

Las aspiraciones de todos los actores de estos movimientos sociales están precisamente en los valores cualitativos que el racionalismo había despreciado y que constituían la bandera de lo que Alejandro Llano denominara la nueva sensibilidad posmoderna. Valores que se viven igual por hombres y por mujeres, pero que recibirían más atención con la incorporación de la mujer a la vida profesional y pública, y en los que radica el fundamento de la solidaridad.⁸

Este ideal de llevar lo privado a lo público se concretiza en la petición de Monseñor Escrivá de Balaguer de profesionalizar lo que constituye lo propio del hogar: los servicios de alimentos y alojamiento con fundamento en la dignidad de la persona. Es la mujer, a la que han correspondido históricamente estas tareas, la encargada de dar un sustento administrativo y científico a las actividades que forman lo que se conoce con el nombre de hospitalidad.

El encargo de San Josémaría encuentra en México un ámbito ideal. Pese a que España, Alemania y Colombia habían recibido iguales instrucciones, es en nuestro país que la idea de humanizar las instituciones del servicio cae en tierra fértil. Se trata así de impregnar de valores

8 Cfr. Alejandro Llano. *Op. Cit.*, p. 120.

humanos las actividades que caracterizan a las organizaciones hospitalarias: restaurantes, hoteles y hospitales. Luego la labor se ha hecho extensiva a todas las instituciones que prestan este tipo de servicios.

Sin la insistencia en la promoción de la mujer, los intentos de conectar el sistema con el mundo vital ignorarían su mejor 'recurso'.⁹

Resulta un ejemplo claro de la visión sobrenatural del Santo Josemaría el que pusiera en el centro de la divulgación de su apostolado, lo que casi tres décadas después proclamara el informe de la UNESCO como los principios de la nueva educación.

En dicho informe, en el principio de «Aprender a hacer» se señalaba a la época venidera como aquella en la que predominaría el desarrollo en las áreas del servicio. De esta forma, la educación no se refiere a «una asimilación mecánica de ciertas técnicas, sino a un comportamiento social adecuado, aptitud para trabajar en equipo, iniciativa y toma de decisiones, que supone el saber comunicarse y tener espíritu de colaboración (...) La relación con la materia y la técnica debe ser complementada por una aptitud para las relaciones interpersonales. El desarrollo de los servicios obliga a cultivar cualidades humanas.»

9 *Ibidem*, pp. 120-121.

Para el Santo Josémaría la respuesta a las demandas del entorno se encontraba en la exaltación de la actividad que está en el centro del *ethos* vital, el servicio, como la actividad restauradora de la persona, en una época deshumanizada por el embrujo del avance de la técnica.

La crisis del mundo moderno evidencia la necesidad de volver la mirada a un ámbito espiritual, que contrarreste el materialismo exacerbado. El servicio es puesto así como el eje de la tarea que tiene como propósito a la persona. Tarea que tiene en el hogar un espacio natural de desahogo.» (...) el ámbito de la plena confianza y correspondencia, el lugar de lo insustituible y entrañable (...).¹⁰

Paradójicamente la familia, objeto de las políticas públicas estatales, se ha convertido en una estructura superflua y suplantable, olvidando los vínculos de responsabilidad personalizada, que constituyen el soporte de la interacción familiar. Y así, el «estado de bienestar» deja de lado la fuente principal de los servicios a la persona.

La desregularización de la familia está en el origen de buena parte de los casos, cada vez más frecuentes, de marginación y nueva pobreza.¹¹

¹⁰ *Ibidem*, p. 69.

¹¹ *Ibidem*, p. 70.

Volver la mirada a la familia constituye para Josemaría devolver a la sociedad el reducto de solidaridad por excelencia. Convertir a las instituciones proveedoras de los servicios de la hospitalidad en los espacios vitales de la acción social. El concepto de la dignidad de la persona adquiere así una importancia radical.

De este modo, San Josemaría responde al gran reto de la construcción de un nuevo y mejor mundo que para el cristianismo supone una gran responsabilidad. En esta lucha, los cristianos han de encontrarse en la primera fila del combate, como una forma privilegiada de tomarse en serio el encargo de llevar el espíritu del evangelio a los graves problemas de nuestro tiempo. Es preciso dar testimonio del valor perenne del Evangelio más allá de la relatividad cultural.

Es lo que San Pablo anuncia —a pesar de sus vacilaciones— cuando da la alegre noticia del fin del racismo, la esclavitud y las discriminación sexual al escribir a los Gálatas: *«Ya no hay judío ni griego; ya no hay esclavo ni libre; ya no hay varón ni hembra, pues todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (Gal 3,28).*

Copyright of Hospitalidad ESDAI is the property of Universidad Panamericana and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.